

acto con la toma de Estrasburgo, preparada de antemano con indecible ruindad (1681). Un hidalgo y sacerdote alemán, el príncipe obispo de Estrasburgo, Egon de Furstenberg, le ofreció para ello su traidor apoyo. Pero bien se concibe que tales cosas sufriera Alemania ¡tan



EN LAS TRINCHERAS DE MAGDEBURGO

indefensa había quedado y hasta tal punto había degenerado, merced á la españolización de los Habsburgos, merced á la reforma fracasada, ó cuando ménos realizada á medias, merced al cisma eclesiástico, á la guerra civil y al particularismo!

La época de la Reforma tocaba á su término sin que de la oscuridad en que se hallaba sumida Alemania, tras los presagios de una brillante aurora, que parecía sonreírle y brindarle hermosas esperanzas, hubiera surgido un nuevo día; pero en la negra noche que la envolvía, apareció inesperadamente una estrella que alumbró nuestro desgraciado país con tenue resplandor de esperanza. En el norte de Alemania se presentó un general, un hombre político, de los que tanta falta habían hecho hasta entonces á los alemanes. Este hombre fué el elector de Brandenburgo, Federico Guillermo, llamado el «Gran elector», y con mucha razón; pues él fué quien fundó el Estado brandenbúrgico-prusiano, él fué quien con su gloriosa victoria de Fehrbellin (1675) sobre los suecos, volvió á demostrar por primera vez al mundo que los extranjeros no eran del todo señores y dueños del suelo alemán.

III

LA EDAD DE BRONCE DE LA ORTODOXIA



ADIE, ó á lo más sólo un hombre superficial, podría negar que impulsó á la época de la Reforma una aspiración noble, la tendencia á la perfección y un fondo de sentimiento religioso. Verdad es, como ya hemos demostrado en el capítulo an-

terior, que esos hermosos «sueños de oro» eran irrealizables; pero al llegar á la mitad de su carrera, la Reforma fué ya una potencia civilizadora, cuya benéfica influencia se extendía, según sabemos, hasta el bando enemigo, hasta la antigua Iglesia. La circunstancia de haber surgido en los países alemanes y del seno del pueblo un hombre que enriqueció con un nuevo capítulo el libro de la historia universal, tuvo en sí algo de importante á la par que de honroso para nuestro pueblo. La tentativa de despojar al cristianismo de su representación idolátrica, y devolverle su carácter primitivo, salió del fondo del corazón del reformador y fué emprendida con valor. La simplificación del culto debe considerarse también como un adelanto nacional, porque la severa gravedad y sencillez del ritual protestante, despojado de toda ostentación, correspondía sin duda á las ideas y á los sentimientos germanos mucho mejor que las aparatosas ceremonias romanas.

Sin embargo, aunque laudable la abolición de esas manifestaciones exteriores que tan mal se avienen con el sentimiento religioso, sin perjuicio de abusos tales como el culto de supuestas reliquias y el tráfico al por menor de las indulgencias, podría preguntarse si los reformadores respecto á las primeras habían dejado de tomar en cuenta las necesidades materiales de los hombres.

Lutero fué por este concepto un hombre más práctico que Zwinglio, á quien su radicalismo indujo en el error de abolir también la música sacra, arreglando las iglesias reformadas de la Suiza alemana con tal desnudez, y el culto con tan severa sobriedad, que así aquellas como éste debían producir frío en los corazones. El sentimiento de lo bello en cuanto á las formas, tan pobre ya en los pueblos de la raza germana, se resintió más aún ante esa desnudez y frialdad del culto. Verdad que el prosaísmo de este, fué causa de la separación de los protestantes en sectas, pero hubo otra causa mucho más poderosa, la rigidez y petrificación dogmáticas de la nueva doctrina, que revelándose muy pronto, no pudo satisfacer la necesidad religiosa del corazón. Una tercera causa fué la furiosa polémica que las fracciones del partido ortodoxo empeñaron entre sí y que ahuyentó á las almas pacíficas de la región de una ortodoxía que despertaba tan estrepitoso clamoreo y tan ruidosas contiendas en la soledad de los conventículos de las sectas.

No cabe duda que el mismo Lutero fué más que nadie responsable del tono rudo y grosero que sus «belicosos sacerdotes» emplearon contra sus adversarios zwinglianos y calvinistas; pues el reformador fué quien primeramente introdujo en sus disertaciones teológicas, como por ejemplo en la motivada sobre la comunión, «Contra los fanáticos,» ese estilo chocarrero que después fué imitado por toda una legión de pastores (párrocos protestantes), llegando el caso de que uno de esos venerables «servidores de la palabra de Dios,» Juan Aurifaber, escribiera en 1557 á un amigo: «Ahora queremos tocar la campana de los puercos.» Todo el catálogo de injurias de nuestra lengua (que según sabemos es bastante rico), se agotó completamente en las repugnantes polémicas que suscitó el luteranismo, cuando Melancton quiso y aconsejó un arreglo entre los luteranos y zwingli-calvinistas sobre la doctrina de la comunión, como provechosa para el protestantismo. Entonces fué cuando Matias Flacius promovió un verdadero escándalo para defender la «doctrina pura» (luterana); y no menos insensata y groseramente se discutió y gritó, prodigando injurias de todo género, sobre la necesidad ó superfluidad de las «buenas obras,» de la «predestinación» condicional ó absoluta, y de otras argucias teológicas, que sin embargo fueron graves cuestiones de la época, porque precisamente de la teología dependía la resolución de los más importantes asuntos. Sin embargo, las disputas no se redujeron siempre á denuestos y palabras feas; lejos de ello, los «sacerdotes pendencieros» no vacilaron en demostrar su cristiano amor á sus adversarios cuándo y dónde pudieron por medio de los hechos.

Por punto general no debemos aceptar sino con gran reserva la generalizada opinión de que la Reforma suavizó y mejoró notablemente las costumbres; muy lejos de ello, semejante resultado no puede considerarse como regla; sólo fué una excepción, pues la moralidad de los «pastores,» por término medio, no tuvo nada de ejemplar. Debemos reconocer, sin embargo, que las condiciones espirituales que los reformadores encontraron eran muy malas, pues harto

sabemos por un sinnúmero de testimonios de los siglos XIV, XV y XVI cuántos estragos hacían la ignorancia, la glotonería é impudicia en el clero alemán. Los más de los «venerables» pastores protestantes no eran al principio mejores por ningún concepto que la mayoría de sus «venerabilísimos» colegas católicos. Muy lejos de ello, cuando la Iglesia romana, despertada de su letargo moral por el cisma eclesiástico, volvió á ser más rigurosa que nunca en la política y las



LOS ICONOCLASTAS

costumbres, obligó á sus servidores con mayor severidad á no dar ningún escándalo público. Muchos eclesiásticos desmoralizados veían en la confesión protestante una oportunidad para entregarse á una vida disoluta sin ninguna sujeción; pero con harta frecuencia se debió confiar á tales bribones, á falta de cosa mejor, el servicio protestante de la palabra de Dios. Un certificado del año 1592 escrito de mano de un teólogo protestante, con razón apreciado (el doctor Selnecker), nos demuestra cuán lentamente se mejoraban estas condiciones; el citado teólogo dice en el lenguaje característico de aquella época lo siguiente sobre sus venerables colegas: «Los más de los vigilantes (párrocos), no ven; van como una vaca ciega allí donde les impelen sus deseos, entregándose á la glotonería y á la buena vida; pues están encenegados en los pecados que más debieran vituperar; en el adulterio, en la embriaguez, en todos los vicios. Su género de vida no está conforme con la doctrina que predicán, y casi no se sabe dónde encontrar un hombre, maestro ó párroco, que no tenga grandes vicios.»

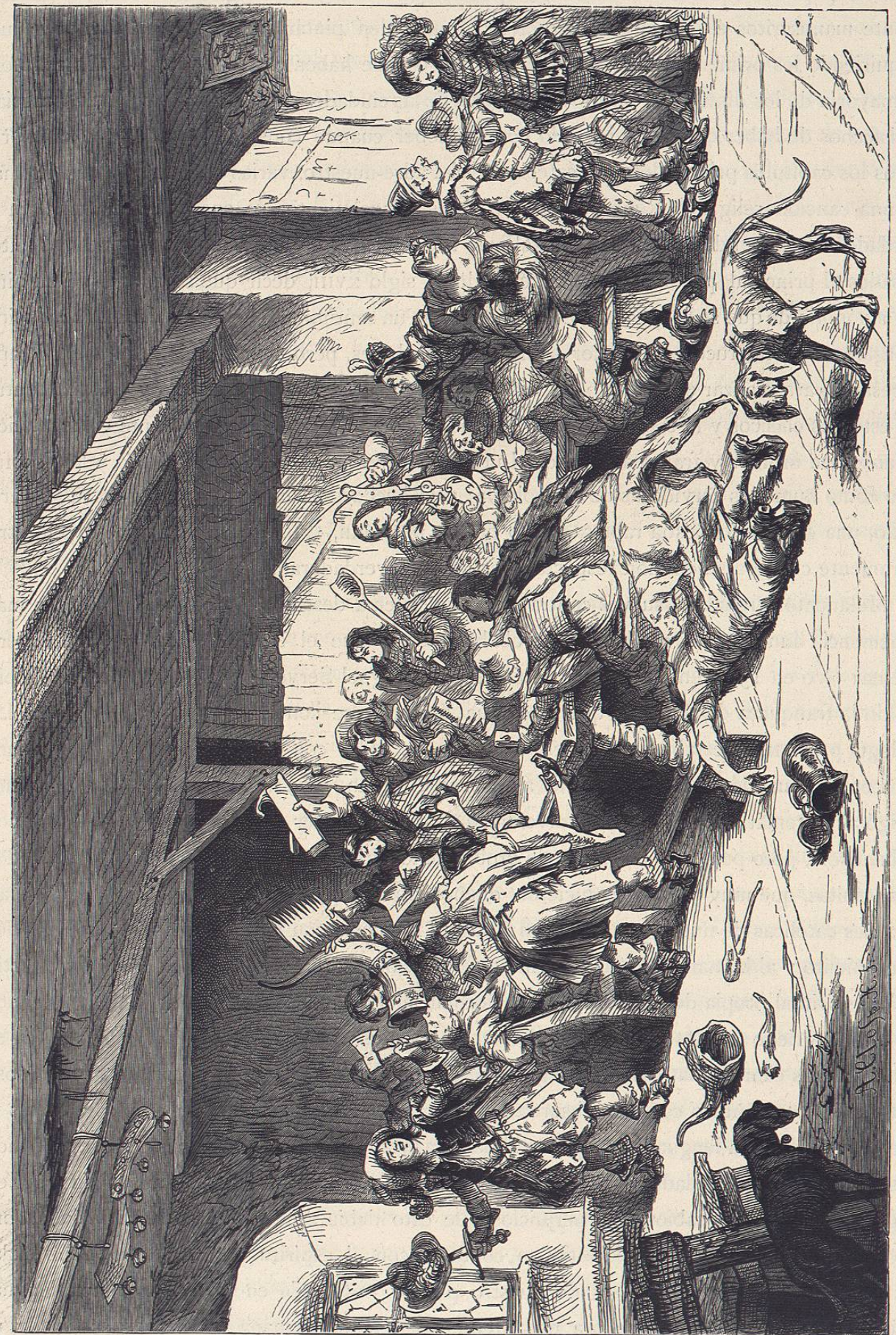
La «profunda moralidad,» uno de los frutos producidos, según se dice, por la Reforma, no pasó pues de ser, cuando menos al principio, y aún durante mucho tiempo, una mera frase. A

pesar de esto, en la historia de la civilizacion, es un hecho que desde mediados del siglo xvi hasta la mitad del xviii, la teología protestante fué la primera potencia espiritual en Alemania, aunque la católica, dirigida muy hábilmente por los jesuitas, hizo á veces con éxito la oposicion.



UN ASTRÓLOGO

á su adversaria. Sin embargo, por más que ambas se odiasen y atacáran con el mayor encono, estuvieron de acuerdo en imprimir á toda la cultura durante el citado período el sello característico del teologismo. Las universidades y colegios, así como las escuelas populares de las ciudades y aldeas, estaban dominadas por la férula teológica; para estas últimas principalmente, el protestantismo ha hecho sin duda muchísimo; y el celo que, siguiendo el ejemplo de Lutero, desplegaban muchos de sus discípulos, así como algunos príncipes y autoridades protestantes benévolas para la instruccion del pueblo, en extremo descuidada hasta entónces en las ciudades y aldeas, excitaba también á hombres poderosos y magistrados católicos á imitar el ejemplo en competencia.



INGRESO DE ESTUDIANTES NOVICIOS EN LAS UNIVERSIDADES ALEMANAS